

Capítulo primero

LOS MODELOS DE PASTORAL JUVENIL: UN MAPA PARA ACERTAR CON EL ASESOR

Al iniciar el itinerario de trabajo, propuesto en la introducción, parto de esta convicción: una presentación sería sobre quién es y qué tarea tiene el asesor, incluso una revisión y una reelaboración de su identidad y misión, implica, ante todo, hacer referencia al modelo en el cual se inscribe, ya que la persona y las tareas del asesor están, precisamente, en función de dicho modelo.

En este primer capítulo, en consecuencia, deseo presentar, de modo descriptivo y sintético, la guía de trabajo con la cual examinaremos los modelos de PJ de la Sección de Juventud de la Conferencia Episcopal Latinoamericana y del Instituto Superior de Pastoral Juvenil de la Conferencia Episcopal de Chile. También, en la medida de lo posible, utilizaré la misma guía para presentar el Plan de Pastoral Juvenil Vocacional de los Misioneros Claretianos de Argentina-Uruguay.

Con la explicitación de esta guía, luego se podrá conocer, profundizar y examinar críticamente las orientaciones referidas al rol del asesor que proponen dichos modelos de la SEJ del CELAM y del ISPAJ, en donde encontraremos las orientaciones del magisterio latinoamericano, con el fin de confrontarlos con el rol del asesor claretiano, buscando una redefinición del mismo. Por eso, en los capítulos siguientes, se encontrarán dos momentos muy claramente definidos, el primero para dar a conocer el modelo, y el segundo para profundizar la propuesta del rol del asesor.

La necesidad de tratar este tema obedece a que cada modelo postula roles y funciones para asegurar la eficacia de las líneas concretas con las que se espera alcanzar los objetivos propuestos. Por lo tanto, es necesario conocer mínimamente el modelo al cual un determinado tipo de asesoría responde y promueve con su acción educativa-evangelizadora. En este sentido, parafraseando el refrán popular, se podría decir “dime a qué modelo perteneces y te diré que asesor eres”.

1. Los modelos de PJ: un mapa para el camino

La observación atenta de toda práctica pastoral muestra que no hay una única respuesta a los diversos interrogantes, desafíos y problemas de los jóvenes, que en un determinado contexto, son similares. Si bien es cierto que toda Pastoral Juvenil quiere ser una respuesta de fe coherente e integral a la vida de los jóvenes, sin embargo, desde el punto de vista práctico, hay diversas respuestas que la pastoral denomina “modelo”. Ahora bien, concretamente: ¿qué es un modelo?

Es un concepto sociológico utilizado en el campo de la educación de los jóvenes a la fe. Cuando muchas personas, dentro de una estructura, ejercitan un mismo modo de responder a los jóvenes, es decir, cuando ejercitan una misma función, para conseguir un determinado objetivo y durante un largo período de tiempo, se desarrolla una costumbre social que, a su vez, ejerce una influencia sobre el comportamiento de los otros. Esta costumbre social o esquema cultural es el *modelo*, o sea, cualquier cosa hecha de tal modo que sirva como guía para formar otra. ^[1]

Los elementos determinantes del modelo son, por lo tanto, tres: la *repetición frecuente de comportamientos homogéneos*, la *multiplicidad de personas* que se adecuan a este esquema cultural, y *su significado social*, es decir, el hecho de que opere como norma para las personas de un determinado conjunto social. No olvidemos que este significado social se mide por el grado de conformidad y por el grado de importancia atribuida a este determinado comportamiento, con relativas sanciones sociales para los que se desvían de él. ^[2]

También en el campo educativo se habla de modelo para referirse a un esquema conceptual según el cual se puede conectar, estructurar y ordenar una determinada práctica educativa. Esta sistematización obedece y está en relación a un principio teleológico, a un ideal de persona humana y de sociedad que asegure coherencia y organicidad a todo el proceso educativo. Por lo tanto un modelo educativo está tensionado hacia ideales-guía, o sea, un ideal de persona humana y de sociedad ^[3]. Dicho de otro modo, desde un punto de vista descriptivo, un modelo educativo es un sistema, también un método, que puede ser definido como una peculiar estructuración de las variables fundamentales que entran en juego en una práctica educativa, a partir de un conjunto de conceptos, principios y métodos de referencia. ^[4]

En las ciencias de la educación el término “modelo” se utiliza en una pluralidad de acepciones que van desde la persona que hace de modelo de referencia para aprender o desarrollar una determinada competencia (un ejemplo clásico es el “artesano”), hasta una estructura física que reproduce, en manera reducida, pero fiel, una determinada realidad del mundo (se habla, así, de modelo de edificio, mapamundi, etc.). En el campo psicológico, educativo y espiritual se llega a hablar de “modelos ideales”, que son referencias y perspectivas que incluyen el concepto de excelencia. También se habla de “modelos reales”, personajes históricos o vivientes, que concretan un estilo propio de vida. Incluso, se puede

clarificar todavía más el término “modelo” en campo educativo si nos adentrásemos a precisar el proceso de modelización, pero ya iríamos lejos de nuestro objetivo. Baste saber que un modelo es, también, una respuesta, un instrumento fundamental para resolver problemas y proyectar soluciones. ^[5]

1.1. El rol en el modelo

Otro concepto importante para entender la referencia a los modelos, y así comprender mejor por qué los modelos de PJ son importantes para tratar el tema del asesor, es el “rol”. Es un concepto, que también proviene de la sociología, e indica un modelo de comportamiento unido a una función codificada y reconocida en cada sociedad. Es un concepto “guía” y, a la vez, una categoría de enorme peso en el análisis de la sociedad y de la misma personalidad individual. ^[6]

El rol es, utilizando dos imágenes, la *puerta* de entrada y, al mismo tiempo, el *camino* que caracterizan la experiencia social de cada persona. Por lo cual, los roles previstos por la sociedad, pueden ser concebidos como expresión de una red coordinada de funciones sociales específicas. En consecuencia, el rol es el punto de encuentro entre el individuo y la sociedad, o, también, el punto de encuentro, al interno del sistema social, del sistema de la personalidad con el sistema de la cultura.

La relación con el modelo proviene del hecho que el rol provee a la persona el modelo al cual debe atenerse y según el cual deberá regular su accionar. Cumplir o desempeñar un rol conlleva una preparación, prevé los requisitos, las capacidades, habilidades y conocimientos necesarios, además de una disciplina interior. Si tenemos presente todo esto, se puede extraer dos consecuencias y, al mismo tiempo, se comprende mejor la definición del rol: los roles son modelados por el sistema social, conllevan deberes y exigen fidelidad.

Integrando todos estos componentes, la definición que se puede dar del rol es la siguiente: aquello que la sociedad espera de un sujeto social (individuo o grupo) en base a la posición que ocupa al interno de la sociedad. Pero, al mismo tiempo, hay que aclarar que el rol definido en estos términos no es sólo algo externo a la persona, sino que puede producir notables cambios en quien lo desarrolla, por eso implica también una identidad.

1.2. El rol y su configuración en diversos modelos educativos

Este concepto de rol cobra su importancia en campo educativo, entre otros motivos, porque, de acuerdo al discurso hecho sobre los modelos, éstos vienen analizados según las características del rol diferente que asumen tres variables importantes, también adaptables al campo pastoral, que se toman en consideración: el educador, el educando, el contenido. Por ejemplo, se puede hablar, de un *modelo clásico* en el cual los contenidos son previstos y el

educador es el protagonista que los trasmite. Los contenidos se organizan de modo objetivo, claro y sistemático. El educador es el experto y el educando recibe pasivamente estos conocimientos. La finalidad principal de la actividad formativa es el ejercicio intelectual. Se ha difundido en contexto escolástico, también religioso y de catequesis. [7]

También se encuentra el *modelo tecnológico* que considera el proceso de educación principalmente como transmisión de información y de competencias prácticas. El educando debe absorber una cantidad elevada y compleja de indicaciones, de ejercicios, material de trabajo y esquemas de comportamiento según metodologías de aprendizaje que requieren poca o ninguna reflexión crítica. El educador está en una posición de segundo plano, confiando en la eficiencia de los instrumentos educativos. Los contenidos mecanizados, aquí, prevalecen sobre el educador y el educando. Los modelos que utilizan modernas tecnologías informáticas, se inspiran en este modelo.

El tercero es el *modelo personalizado*. El educando es el centro del proceso educativo y del aprendizaje. La formación se lleva a cabo en torno a sus experiencias, a sus intereses y su grado y manera de desarrollarse. Se puede ver bajo dos perspectivas: la progresiva y la romántica.

En la *educación progresiva* el educando es el centro, importa lo que hace y siente. El contenido carece de importancia. El educador está a disposición del educando. Prevale la *no directividad*, el rol del educador es secundario, de poca importancia, no transmite contenidos, sino que guía y asiste al educando a través de su camino evolutivo y a través de sus experiencias. El contenido emerge de las experiencias del educando. Esta orientación se puede relacionar con la tradición socrática y la no intervención educativa solicitada por Carls Rogers.

En la *educación romántica* todo el aprendizaje y el crecimiento personal emergen desde el interno de *la persona en interacción con el ambiente*. El aprendizaje se desarrolla de la misma manera que aprende a caminar o a hablar. *La experiencia es el maestro natural del educando*. Se trata de facilitarle un ambiente estimulante, en donde él puede interactuar libremente, seguir su innata curiosidad y recorrer, según ese camino interior, muchos de los caminos de aprendizajes de las generaciones pasadas. El educador no enseña, deja al educando libre de aprender, es mediador del contenido, pero no lo inventa. Su tarea es proveerle un ambiente educativo adecuado. Se parte de las necesidades del educando. Es la perspectiva del constructivismo radical, ligado a Piaget.

Por último, tenemos el *modelo interaccional* donde lo que cuenta son las relaciones educador-educando. Se sostiene que, de este modo, se educa automáticamente, transmitiendo valores porque los contenidos tienen poca importancia. Este modelo defiende que, en el mundo de hoy, no existe un permanente e indiscutido cuerpo de conocimientos y de competencias o un análogo sistema de valores. El educador debe *buscar* en las raíces humanas (a través de una *educación radical*), para abrirse a nuevos valores y finalidades a través de los cuales la humanidad pueda vivir mejor. La tarea del educador es crear una *atmósfera comunitaria basada sobre el diálogo confiado y la interdependencia*. El educando aprende de la relación

dialógica con los otros, por eso aprender es un esfuerzo colectivo e interdependiente. Al prestar atención a un problema de nuestro mundo se busca de encontrar el sentido y los valores. Las propuestas de educación como humanización o liberación o concientización van en esta línea.

Lo interesante de este modo de analizar los roles al interno de los modelos educativos no es para elegir el mejor o proponer uno como mejor que los otros, sino para darnos cuenta que en los modelos de pastoral juvenil, y de toda la pastoral en general, se pueden analizar desde esta perspectiva de dos personas que se comunican a través de un mensaje, y cómo el agente pastoral puede asumir diversas modalidades en su rol. Sin embargo, hay algo que es común a todos estos modelos: su operatividad, están en relación a una práctica educativa.

A la pastoral, y de manera especial a la pastoral juvenil, le interesa estas diversas características de los roles educativos para analizar sus modelos, aunque sabiendo que el mundo de la educación y la evangelización no coinciden, ya que a la educación le interesa la cultura, a la evangelización, en cambio, el encuentro con el misterio de Dios, pero interactúan porque poseen el mismo sujeto: las personas. [\[8\]](#)

2. La utilización de los modelos en la pastoral con jóvenes

En pastoral juvenil, siguiendo la reflexión hecha sobre los modelos y los roles, se hace referencia también a estos conceptos, que, como se acaba de demostrar, siendo del campo sociológico han sido plenamente adoptados en el educativo. En el campo de la pastoral juvenil, cuyo objetivo es la educación y maduración vocacional de la fe, el modelo se convierte así en un mapa que nos da indicaciones preciosas para conocer un sistema educativo-evangelizador, y de manera especial, los roles al interno del mismo.

No se puede olvidar que, en sede de pastoral juvenil, los modelos son también operativos, en oposición a conceptuales, porque se originan y están dirigidos a la praxis pastoral y no únicamente a su descripción formal conceptual. Por esta razón son importantes los indicadores, ya que son los elementos de un proyecto pastoral que lo hacen operativo, funcional y permiten su control.

Sin embargo, es precisamente su carácter operativo y no conceptual, lo que hace difícil documentar con términos reflexivos el grado de repetición y significación social que caracteriza estos modelos. Por eso las afirmaciones que se encuentran sobre los modelos de pastoral juvenil se fundamentan en la experiencia pastoral utilizada como precomprensión en las confrontaciones con la literatura específica. Además, a la hora de hablar de modelos de PJ faltan categoría precisas para ser utilizadas como criterios de valoración y clasificación, por diversos motivos. Por ejemplo, algunos están orientados directamente a la acción, otros son bastante eclécticos, reúnen lo mejor de varios, asumiendo referencias teológicas, antropológicas y metodológicas de las más diversas tendencias. [\[9\]](#)

La reflexión hecha por el teólogo Prof. Ricardo Tonelli hace ver que antes había un límite preciso para realizar

dicha valoración y clasificación: el aceptar o rechazar los datos antropológicos en la pastoral. Se podía hablar del modelo kerigmático y del modelo antropológico como puntos de partida diversos (Palabra de Dios o experiencia humana) para la propuesta cristiana y para el itinerario que se privilegiaba. El modelo kerigmático: partía del anuncio de la fe para resaltar su significado para la vida. Análogamente, como el modelo clásico de la educación, privilegiaba (o privilegia aún hoy?) los contenidos que debían insertarse en la realidad. El modelo antropológico, en cambio, partía de la vida concreta del joven con el intento de hacer “ver” por medio del anuncio de la fe, la salvación de Dios que está presente y actúa en cada uno. Como el modelo personalizado, privilegiaba a la persona del interlocutor educando-joven como punto de partida. En la práctica, se ha tomado conciencia de la imposibilidad de asumir de forma reducida y exclusiva un modelo más deductivo u otro más inductivo.

Es la sensibilidad hermeneútica, siguiendo el autor citado, la que ha hecho descubrir la parcialidad, incluso teórica, de aquella distinción entre modelo kerigmático y antropológico, entre modelo deductivo e inductivo. De hecho, todo modelo pastoral, si quiere ser histórico, tiene que asumir una cultura y, por tanto, una antropología. A su vez, todo anuncio de la fe utiliza un lenguaje, el cual comporta experiencias humanas, categorías mentales y modelos culturales en los que se encarna hasta llegar a ser palabra para la persona humana. Hoy asistimos, por lo tanto, a un pluralismo de modelos de PJ.

El problema, por lo tanto, es otro: se trata, por una parte, de la sintonía o de la disonancia entre el lenguaje antropológico en el que se encarna el anuncio y la experiencia de fe, y, por otra, del lenguaje real de los destinatarios concretos de tal anuncio. Dicho con pocas palabras: se trata de verificar si los modelos responden o no a los desafíos de los jóvenes. Por otra parte, es importante no dejar de lado las aportaciones preciosas de cada modelo de PJ. Por ejemplo: algunos privilegian más lo educativo, otros las propuestas y la verdad, otros la experiencia religiosa, otros los problemas cotidianos en clave política, otros en clave psicológica, etc.

No es mi propósito ahora entrar en el campo de los criterios para elaborar un proyecto de PJ ni reflexionar sobre cuál es el modelo más indicado para la pastoral con jóvenes en América Latina y, de manera especial, en Argentina-Uruguay. Mi pretensión es mucho más sencilla. Se trata de contar con indicadores que faciliten organizar los datos que los modelos de PJ de la SEJ del CELAM y del ISPAJ ofrecen al Plan de PJV de los Misioneros Claretianos de Argentina-Uruguay, a fin de analizarlos y confrontarlos con dicho Plan para enriquecerlo, de modo particular en cuanto al rol del asesor en su identidad, espiritualidad y misión.

De todos modos no se puede menos que afirmar que un criterio fundamental para todo modelo de PJ, mucho más si tenemos presente la teología-pastoral latinoamericana, es el evento de la encarnación. Éste permite elaborar el criterio de la educabilidad indirecta de la fe, en la medida que se reconoce que la vida, concreta y cotidiana, en la gracia de su humanidad, es la gran mediación del encuentro entre Dios que busca a la humanidad y la humanidad que invoca razones de esperanza. Se trata de mirar, en definitiva, el misterio escondido en la vida. Por eso la educación es el lugar desde el que se hace la evangelización. Y por eso, también, el encuentro de ambas en la vida permite hablar de la experiencia como lugar teológico.

3. Las indicaciones del mapa para este camino.

Todavía una explicación más sobre el procedimiento que seguiré en los capítulos sucesivos. Para realizar el análisis de los modelos mencionados utilizaré la misma matriz elaborada en el Seminario de Modelos de Pastoral Juvenil ^[11], la cual presenta cinco indicadores: el autor, el contexto, el cuadro o marco de referencia, el objetivo y el método.

Presento los indicadores para el análisis de los modelos de PJ como quien despliega un mapa para ver las señales que le indican el camino a recorrer. En efecto, no basta la simple recolección de datos y hechos para

describir un modelo, sino que se requiere la organización de los mismos en torno a indicadores, con su correspondiente esquema de análisis. Estos indicadores son: el autor, el contexto, el cuadro de referencia o marco de referencia, el objetivo y el método. Ellos nos ofrecen elementos que necesitan ser interpretados.

El *autor* hace referencia a quién es la persona, el grupo o la institución que está detrás de un determinado modelo. Su historia, su formación y el rol que desempeña. Importa conocer estos datos ya que un modelo se comprende mejor, en la medida que sabemos de qué experiencia pastoral vienen sus autores. A la vez, conviene saber cuáles son sus preocupaciones fundamentales, qué cosas le interesan, qué intenciones posee a la hora de diseñar un modelo y proponerlo en ámbito pastoral. Es necesario, también, conocer a quiénes se dirige la propuesta, o sea lo que tradicionalmente decimos, quiénes son sus destinatarios; y de cuáles fuentes se sirve, y si está en relación con otros modelos.

El *contexto* nos permite acceder a cómo el autor describe la realidad. Y cuáles son los desafíos que toma de la realidad para intentar responder con el modelo propuesto. Es un determinado juicio sobre la situación histórica concreta, el marco en el cual entrarán la definición y la decisión de privilegiar un itinerario metodológico. Todo proyecto de PJV hace una valoración sobre la cultura del tiempo que vivimos, sobre los valores y antivalores de la cultura de los jóvenes.

El *cuadro de referencia* se refiere a los criterios con los cuáles se propone iluminar los desafíos de la realidad, con el fin de responder de manera acertada a los desafíos pastorales. Son de orden teológico, antropológico y pedagógico.

En cuanto a los criterios están los teológicos, antropológicos y pedagógicos. A *nivel teológico*, conviene preguntarse cuál es la imagen de Dios, de la Iglesia y de la salvación que ofrece el modelo. A *nivel antropológico*, en cambio, la pregunta es cuál es la idea de hombre, es decir de varón, de mujer, de joven, que se propone. Y a *nivel pedagógico*, es central el concepto de educación que tenga, la idea que posea de la educación. Cuando se analiza un modelo desde estas referencias teológicas, antropológicas y pedagógicas, es posible darse cuenta cuál es el criterio central, el que predomina en la propuesta.

Educar a la fe significa necesariamente situarse en la historia, en el mundo, de determinada manera. Por ello todo proyecto de PJV vive con una modalidad particular la relación Iglesia-mundo.

En penúltimo lugar menciono *el objetivo*. A ninguno de los que trabajan en pastoral, y de un modo especial a aquellos que evangelizan educando, a veces, se les escapa la necesidad de examinar un modelo pastoral desde la perspectiva de la meta global, del fin que se persigue con una determinada propuesta. También, cuáles son las metas intermedias previstas, y cuáles los objetivos propuestos a nivel general, específico y operativo. Incluso, mirando este conjunto de metas y objetivos, conviene preguntarse cómo se estructura, qué tipo de articulación y de coordinación se da entre ellos.

Todos los modelos de PJ desean evangelizar, integrar fe y vida y facilitar la concreción de un proyecto de vida cristiana. El tema es qué tipo de integración se quiere alcanzar y el proceso educativo con el que se quiere lograr el objetivo.

Por último menciono *el método*. Aquí la pregunta se pone sobre los recursos y su organización en estrategias y en eventuales etapas. Es decir, es muy importante saber a través de qué camino, cuáles son las opciones educativas concretas, con las que se llega a la meta indicada en el modelo. Son opciones tensionadas hacia ese objetivo por lograr y condicionadas por la cultura dominante. Y si bien es cierto que es indispensable tener claras las metas, la vía o camino para alcanzarlas no es indiferente. El método contribuye al fracaso o al éxito del modelo. Es aquí donde entra el tema de los recursos humanos y, por lo mismo, *nos preguntamos cuáles son los agentes* responsables de implementar los métodos, técnicas e instrumentos para alcanzar las metas propuestas. *Aquí es donde entra de lleno el tema de los asesores*, como así también el de los otros agentes pastorales.

Hay quien afirma que en los últimos años la PJ se ha enriquecido con numerosos estudios que han ido clarificando los procesos y que han permitido elaborar abundantes planes y proyectos de educación y de maduración en la fe para adolescentes y jóvenes, lo cual es realmente un logro, pero la dificultad es no contar con agentes preparados para llevar adelante esos proyectos [\[12\]](#). Aunque el autor se refiere al ámbito europeo, también, en cierta medida, se puede aplicar a la experiencia latinoamericana.

Conviene aclarar que estos indicadores no están presentados por jerarquía de importancia, sino más bien siguiendo el camino que las ciencias de la educación han aportado a la pastoral a la hora de preparar un proyecto pastoral o una planificación. Para lo cual se parte siempre de la realidad con sus necesidades, se la ilumina con criterios pertinentes que luego se traducen en objetivos. Éstos, a su vez, para ser alcanzados, necesitan una metodología adecuada y agentes disponibles para poner en marcha todo este camino pastoral.

4. Conclusión.

Este primer capítulo al justificar, de alguna manera, el tratamiento del tema del asesor en relación a los modelos en pastoral juvenil, no sólo ha querido dar las razones apropiadas para dicha opción metodológica, sino que ha puesto en evidencia los términos del problema en que se inscribe este trabajo de investigación.

El Proyecto de PJV de los misioneros claretianos no sólo es una propuesta de trabajo

pastoral, detrás de él hay un modelo de PJ que necesita ser explicitado para que los asesores sean conscientes del mapa que se les ofrece en el camino a recorrer con los jóvenes. Además se ha visto como el rol del asesor, según el modelo al cual responde, posee diversas características, ya que es al interno del modelo en el cual desarrolla su servicio, que se configura su identidad, su espiritualidad y su misión. Las tres dimensiones que con el optimismo de la voluntad, el pesimismo de la inteligencia y una enorme pasión por la evangelización con los jóvenes, se desea abordar este trabajo.

[1] Cf. FITCHER, *Sociología Fundamental*, Pompeya, 1983.

[2] Cf. R. TONELLI, *Pastoral Juvenil. Anunciar la fe en Jesucristo en la vida diaria*, Madrid, CCS, 1985, 70ss.

[3] Razón por la cual en la idea de modelo educativo, viene también incluida la búsqueda o la propuesta de una excelencia en la misma práctica educativa. Considero que este criterio es importante para los agentes educativos y/o pastorales que actúan un determinado modelo.

[4] Cf. M. PELLEREY, *Modello*, in J. M. PRELEZZO - C. NANNI – G. MALIZIA (Edd.), *Dizionario di Scienze dell'Educazione*, Leumann, ELLEDICI-LAS-SEI, 1997, 705-706.

[5] --, *Educare. Manuale di pedagogia come scienza pratico-progettuale*, Roma, LAS, 1999, 129-135.

[6] Cf. V. ORLANDO, *Ruolo* in J.M. PRELEZZO - C. NANNI – G. MALIZIA (Edd.), *Dizionario di Scienze dell'Educazione*, Leumann, ELLEDICI-LAS-SEI, 1997, 956-957.

[7] Cf. M. PELLEREY, *Educare. Manuale di pedagogia come scienza pratico-progettuale*, Roma, LAS, 1999, 137-140.

[8] Es interesante que en el *Dizionario di Pastorale Giovanile*, citado en esta tesis, la voz “modelo” aparezca relacionada con veinte términos del ámbito pastoral. Por ejemplo: “acción pastoral”, “comunicación pastoral”, “concepción de Dios”, “educación a la fe”, “de parroquia”, “de pastoral juvenil”, de “proyección pastoral”, “de relación iglesia-mundo”, “eclesiológicos”, etc.

[9] Cf. R. TONELLI, *Pastorale giovanile (modelli)* in M. MIDALI – R. TONELLI (Edd.), *Dizionario di Pastorale Giovanile*, Leumann, ELLEDICI, 1992, 755-762.

[10] R. TONELLI, *Per la vita e la speranza. Un progetto di pastorale giovanile*, Biblioteca di Scienze Religiose – 120, Roma, LAS, 1996, 60-66.

[11] Se trata del Seminario de Pastoral Juvenil T3240, cuyo objetivo es el de analizar profunda y críticamente algunos estudios y proyectos de pastoral juvenil, con el fin de integrar y evaluar la propuesta hecha en el curso sistemático de Pastoral Juvenil. Cf. R. TONELLI, *Per la vita e la speranza. Un progetto di pastorale giovanile*, LAS, Roma, 1996.

[12] Cf. S. MOVILLA, *Apasionados por el Reino. Evangelización y compromiso de los jóvenes*, Madrid, Ed. San Pablo, 2001, 62.